



UNA POBRE MUJER ABANDONADA.

(Cuadro del pintor de cámara Diez, en Meiningen.)

Este cuadro es el fruto de un arte trasplantado al suelo alemán, al que dieron existencia los pintores Maës y Riedel en Roma, y que tiene por objeto representar mas bien la disposición del alma y de los sentimientos, que no la acción combinada de grupos llenos de figuras. Con respecto á este objeto han prevalecido al mismo tiempo un modo nuevo y especial de claro oscuro y un toque completo del colorido mas fino y de mas efecto. Diez, conocido en las cortes de Europa como un eminente retratista, se ha afanado, al seguir el modelo de Maës y de Riedel, por apropiarse con igual habilidad tambien las ventajas de los modernos pintores belgas, como lo manifiesta el cuadro que tenemos á la vista.

Cuanto mas se le mira, tanto mas atrae. Ningun efecto forzado estorba la impresion que causa esta obra maestra. Los medios se hallan empleados con tanta sencillez y ligereza, que notamos en la verdad universal la vida individual, y en la ingénuo naturalidad el sublime valimiento de un concepto moral. El cuadro es tan vivo como la misma vida; nos representa la realidad al través del espejo encantador de la poesía.

Una pobre y abandonada mujer en una capilla delante de la imagen de la Virgen, delante del símbolo del amor maternal probado en los dolores mas acerbos. Está arrodillada en las gradas de piedra del altar; el pié derecho descansa estendido sobre su punta, y el zapato da testimonio del largo viaje que ha hecho. En sus manos apoyadas sobre sus rodillas duerme un niño de pecho; no cruza las manos en actitud de orar, sino que las deja caer abismada en su dolor; de

un corazoncito de ámbar, quizás una memoria del esposo que la ha abandonado, pende el rosario. El segundo niño la agarra por el brazo caído; el ojo de esta cabecita llena de rizados vaga rápida y distraídamente sobre los objetos que le rodean. La pequeña niña aun no comprende el dolor de la madre, y solo tiene de ello un presentimiento indefinido. Cansada del camino y de estar en pié, descansa sobre el derecho y toca al suelo ligeramente con la punta del otro; la delgada saya no la alcanza sino hasta la rodilla; debajo de este pobre traje apercibense las desnudas piernecitas, en las cuales se reconoce, como en casi todos los niños, una ligera curvatura que no deja de tener cierta gracia. De detrás del altar viene la luz por una ventana, y vemos cómo sus oblicuos rayos tocan las espaldas y el cabello del grupo. Sin que se note que el pintor haya querido á todo trance producir un efecto, ha aprovechado no obstante la luz con tanta felicidad, que vemos al grupo libre y suelto delante del altar.—La madre lleva un pañuelo atado á la cabeza; su pelo solo indica ligeramente el abandono de la miseria; su rostro no hace alarde de sus padecimientos; su traje no quiere implorar la voz de la compasion. Es jóven, no del todo hermosa, pero bien formada. En otro tiempo era feliz á pesar de su pobreza. Pero ahí ahora es una pobre mujer abandonada, que con los restos de su felicidad, con sus hijos, espone su indigencia á la Madre Dolorosa. No hay nada de extraordinario en su rostro; lo único que se nota en él es la glorificación del dolor. Una niebla producida por las lágrimas vertidas anubla su vista; las largas noches de la pesadumbre, el insomnio, el cuidado de los niños y el amor hacía el traidor, que

9 DE ABRIL DE 1834.

ahuyenta de su cara cada huella de amargura, han agotado la fuente de las lágrimas, pues ya no la es dado llorar, y el único surco en las esquinas de la boca dice claramente que el dolor ha luchado convulsivamente en su corazón. ¡Qué feliz, qué contenta hubiera podido ser! Esta es la primera, pero también la mas cruel pena que ha tenido y que ha arrugado su rostro. Pues la madre de Dios lee en sus facciones cuán poco necesitaba para ser feliz y cuán pronto ha huido la poca felicidad de que ha gozado. Su dolor es resignado, sencillo y natural como su amor, y tan profundo, verdadero y emanado de la fuente mas escondida del sentimiento como aquel. Ora al amor maternal, le presenta el niño dormido y sin pena, que en su tierna inocencia es aun ajeno de toda culpa. Ruega al amor maternal, y así que se levante para emprender su peregrinación por la vida, este amor la consolará y guiará. Toda una vida humana hay en el momento que abraza el cuadro; entenece por el profundo dolor del alma, profetiza una larga serie de luchas diarias, pero pronostica también la victoria del amor de madre, la victoria de corazón de mujer que sabrá sostenerse contra el rigor de la miseria. Por esta razón entenece y enaltece este cuadro; por esta razón no titubeamos ni un momento en adjudicarle el premio; por esta razón nos detenemos tanto tiempo delante de él, porque encadena y enrauta á todo el mundo.

UNA ARISTOCRACIA DE AMOR Y OTRA DE GLORIA.

(Conclusión.)

Teresa no lloraba ya. Tantas lágrimas había derramado, que secas estaban las fuentes de sus ojos: tanto había sufrido, que el exceso de su padecer la había hecho insensible. Nada era bastante á hacer brillar un rayo en sus ojos amortiguados; nada era capaz de devolver el color á sus pálidas mejillas. Era la imagen del dolor. Todo para ella había acabado. Se la veía sola siempre, y siempre vestida de negro; siendo tanto mas triste su luto, cuanto que lo llevaba por aquel de quien ni aun había tenido el consuelo de ser la esposa. Esta conducta, poco comun á la verdad, fué explicada de un modo diverso en el país, y cada uno la interpretó á su modo. La calumnia, esa envenenada yibora que lo mismo habita bajo el techo pajizo de una pobre choza que bajo el rico artesonado de un suntuoso palacio, la calumnia encontró donde morder en el comportamiento de Teresa. ¡Oh! es que, triste es decirlo, la calumnia no respetó ni el dolor ni las lágrimas.

La pobre jóven fué solo mirada por algunos pocos como un modelo de amor; pero los mas la señalaron con el dedo como una loca. Así va el mundo.

Ahora bien: Pablo no había muerto. Si hacia tiempo que no había dado noticias suyas á su familia, es que verdaderamente no tuviera lugar para ello. El soldado francés entonces debía limitarse á escribir con la punta de la bayoneta ó del sable; la pólvora y no la tinta era la que tenía el privilegio de ennegrecer sus dedos, á menos que, como muy frecuentemente sucedia, no fuese la sangre á disputarle este privilegio.

Pablo entró por fin en Francia de un modo bien distinto, de como de ella saliera. El hijo del pueblo que había marchado con el fusil al hombro, regresaba con la charpetera de coronel y la cruz de honor en su pecho. Una y otra había merecido, puesto que entre los soldados se distinguiera primero como el mas decidido, y luego entre los oficiales como el mas bravo. Nadie podía rivalizar con Pablo en lealtad, en conocimientos y en intrepidez. Napoleon le había distinguido entre todos, y Napoleon no se equivocaba jamás en elegir á sus hombres.

La reputación del jóven coronel le había precedido en la ciudad donde su regimiento pasó de guarnición. La llegada de Pablo fué un verdadero triunfo. Se sabía lo que había hecho, y se pensaba lo que aun podría hacer; de tal modo era su juventud para todos una garantía segura del mas brillante porvenir.

El coronel vivía entre fiestas y placeres. Siendo jóven, arrogante y galán, no podía faltarle otro género de conquistas, si no tan gloriosas, mas dulces al menos que las de los campos de batalla: así fué. Una de las mas ricas y mas nobles herederas de la ciudad no creyó entonces rebajarse admitiendo gozosa, con aprobacion de su padre que era gran dignatario en la corte imperial, los homenajes de un antiguo aldeano. Es que la gloria, que no es sino una nueva clase de nobleza, sabe salvar las distancias y llenar los abismos que separan á los hombres. El coronel no se hubiera atrevido nunca á aspirar á tan brillante alianza. Se consideró pues, sobremañera feliz al ver que su proposición fué aceptada y su amor perfectamente recibido. Verdad es también que el mismo emperador pidió á su favorito que otorgara la mano de su hija al valiente oficial.

Pablo acompañaba por todas partes á su novia; era su caballero en bailes, en paseos, en teatros. La seguía como su sombra. Y sin

embargo, cuando estrechaba aquella mano pequeña, delicada y resplandeciente de diamantes; cuando rodeando con sus brazos el flexible tallo de silió de su prometida, la arrastraba por entre el torbellino del vals columpiándola por la sala, sin embargo, digo, no había ni gozo en sus ojos, ni ardor en su frente, ni entusiasmo en su corazón. Es que siempre en estos casos le acudía á la memoria una jóven montañesa, y se acordaba de sus primeros amores, de la danza animada de su país, á la que cien veces se habría entregado con otra hermosura, sin diamantes ni coquetería, es cierto, pero rica de amor y de ingenuidad.

Oh! si, preciso es decirlo, muy á menudo se acordaba de su primera desposada; muy á menudo también al dulce nombre de Teresa, una de esas gruesas lágrimas, como saben solo derramarlas los valientes, corría á lo largo de sus mejillas hasta ir á morir entre su bigote rubio. Pronto sin embargo rechazaba esos pensamientos, quimeras misteriosas de una época pasada, sueños dorados de la juventud á quienes envolvía ya el sudario del olvido.

Teresa había faltado, según él creía, á sus juramentos. ¡Qué mucho pues que á los doce años dispusiera él de su mano para otra, ya que no de su corazón?

Antes de terminar su enlace, Pablo pidió solo un poco de tiempo para ir á su pueblo con el doble objeto de participar su regreso y la noticia de su boda á su familia, á la cual tenía vivos deseos de ver, y á la que solo había descuidado advertir su entrada en Francia para hacer su dicha mayor con su sorpresa.

IV.

El pueblo recobró por fin al hijo que durante tanto tiempo había perdido de vista. Si él no se hubiese apresurado á nombrarse, nadie hubiera reconocido bajo el elegante y bordado traje de aquel oficial superior, al jóven pastor de otro tiempo de todos tan amado y tan querido.

El es sin embargo, él mismo. Su madre no ha necesitado mas que verle para echarse en sus brazos, loca de amor y de ternura. Su padre le ha estrechado convulsivamente contra su seno, y no nota ya que le ha faltado, puesto que le ha sido devuelto. Pero sus hermanas, á quienes dejó tan pequeñas, y que encuentran tan grandes, tan lindas, tan bellas de timidez y de frescura, sus hermanas, á pesar de la dicha que sienten recobrando á su hermano único del que aun se acuerdan, permanecen confusas ante su traje lleno de bordados, y no se atreven á abandonar su cortedad hasta que Pablo una tras otra las ha apretado contra su corazón rozando su casta frente con sus labios.

A pocos pasos de allí una mujer había caído al suelo desvanecida, porque ella también había querido ver al jóven y arrogante coronel. Pablo el primero notó su presencia, corrió, la levantó... ¡Cielos! es ella! la infeliz... respirando apenas.

Es que la alegría mata como el dolor.

Cuando, no sin dificultad, la hubieron vuelto á la vida, la pobre jóven miró á Pablo y quiso hablar; pero las lágrimas que abundantes manaron de sus ojos ahogaron su voz.

—Teresa, Teresa, vuelve en tí, le decía cariñosa la voz de su antiguo amante; ya estoy de vuelta, ya estoy á tu lado!

—Pablo, Pablo! pudo tan solo murmurar Teresa, diciendo este nombre tan amado con toda la efusión de su alma.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, los dos antiguos amantes empezaron á mirarse sin atreverse á hablar. Cualquiera que en aquel momento les hubiese observado, hubiera notado en sus rostros la alegría, pero también la expresión de los mas vivos temores. Temblaban de interrogarse el uno al otro.

Por fin, el coronel, deseoso acaso de clavarse el puñal hasta el pomo acabando con aquella agonía, fué el primero que rompió el silencio y preguntó á Teresa noticias de su familia. Su traje negro y sus adornos de luto le habían hecho presumir que había quizá perecido su padre. Pero cuando supo que aun vivía:

—¿Pues entonces, le dijo, á qué es ese traje?

Teresa se calló y bajó la frente, que se enrojeció como una asnea.

—¿Sois viuda, señora? preguntó el coronel.

—Sí, respondió ella, soy viuda sin haberme casado. Llevo luto por mi amor que perdí hace doce años.

Todo quedó explicado.

—¡Oh! dijo Pablo lleno de un reconocido orgullo, abandona pues el luto y viste por el contrario tu traje de boda. Yo soy libre, y espero que ahora tu padre me querrá por yerno.

Al día siguiente el coronel escribía su historia al emperador, y le pedía permiso de rehusar la mano de la hija del senador para casarse con Teresa. Su petición le fué otorgada por conducto del ministro de la Guerra con estas palabras al margen, escritas por el emperador mismo:

«La conducta de Teresa es admirable; la hago baronesa.»

Tres semanas después Teresa y Pablo estaban unidos y partían para París.

V. B.

LA CAZA DE FIERAS.

La siguiente relación formará parte de un libro que publicará dentro de poco Mr. Julio Gerard, el célebre cazador de Argelia.

La pantera se halla en las tres provincias de la Africa francesa, entre el litoral y las llanuras, pero mas cerca del litoral. Hay dos clases, semejantes en el pelo, pero diferentes en la talla.

La mas grande es igual á una leona de dos años; su hermana es la tercera parte mas pequeña. Este animal cazador tiene toda la astucia del gato; su carácter y sus hábitos se diferencian esencialmente de los del león, al que se parece á primera vista.

Mientras que el león vive á costa de las poblaciones, la pantera se alimenta con el producto de su caza. El león baja atrevidamente á la llanura, y coge á vista de los árabes un buey ó un caballo: la pantera teme abandonar los bosques, aun de noche, y si no ha podido coger un chacal, se contenta con una perdiz ó un conejo. La voz del león parece á un trueno; la de la pantera se asemeja á la de una mula.

Voy á referir un episodio de caza, durante el que pude observar á mi placer el grito de este animal, y buscar su analogía con el de las demás bestias.

Era el 16 de julio de 1843; yo habia sido llamado por los habitantes de la Mahouna (Ghelma) para librarlos de una familia de leones que habia fijado allí su cuartel, y abusaba de los derechos de hospitalidad.

A mi llegada al país me dieron todas las noticias que podia apetecer acerca de los hábitos de estos huéspedes importunos, y supe que venian todas las noches á bañarse al Oued-Cherf.

Me trasladé inmediatamente á la orilla del rio, y no solo encontré la pista de estos señores, sino tambien su entrada y salida habituales. La familia era numerosa; se componia del padre y la madre y tres hijos ya mayores.

Me hallaba cerca del rio, en medio de unos doce árabes que me habian acompañado, y á pocos pasos de distancia de la entrada de los leones. Segun los indigenas, la guarida de ellos debia estar en un fuerte impenetrable, que estaba á nuestra derecha.

El anciano Taieb, cheik de este país, se acercó á mí, me cogió por la mano, y señalando las numerosas huellas que habia en la arena, me dijo:

—Son muchos. Vámonos.

Insistió en que me volviera al aduar, y después quiso dejar algunos hombres, que demostraban en su rostro la repugnancia que tenían á quedarse allí.

Rehusé estas dos proposiciones, y le rogué que se retirase con toda su gente, porque se acercaba la noche y podian venir de un momento á otro.

Este buen hombre accedió, bien á su pesar, á mi invitación, y antes de separarnos me pidió permiso para hacer con los suyos la oración de la tarde (*sallat et maghreb*), á fin, segun decia, de que Dios velase sobre mi aquella noche, en que nadie cerraria los ojos en la montaña, y grandes y pequeños esperarían con la mayor ansiedad que mi fusil les hablase.

Acabada la oración se acercó á mí el cheik, y me dijo:

—Si quiere Dios escuchar nuestras oraciones, y si tú quieres tranquilizar á los que te aman, después que hayas muerto alguno, enciende una hoguera con el ramaje que van á reunir mis hombres, á fin de que cuando nuestros oídos perciban la señal del combate puedan nuestros ojos ver la de la victoria, y te prometo que te contestaremos.

En tanto que las gentes del cheik hacían sus preparativos con un ardor poco comun en los árabes, que son la pereza por esencia, se quedó aquel á mi lado, y me dijo:

—Si yo supiera que no te habías de burlar de mí, te daría un consejo.

—La palabra de un anciano, le contesté, es siempre respetada.

—Pues bien, escucha, hijo mio; si vienen los leones esta noche, el señor de la gran cabeza (asi llaman los árabes al león padre) irá el primero; no te dé cuidado por los demás; los hijos son ya grandes para que la madre cuide de ellos, y van con el padre. Asi es que te recomiendo el señor de la gran cabeza. Si ha llegado tu hora, él será el que te mate; los demás te comerán.

Algunos minutos después el cheik desapareció en el bosque, y me encontré solo en presencia de las huellas de los leones, de los preparativos de la hoguera, y de aquella guarida misteriosa, sobre la que las sombras de la noche echaban un velo impenetrable, que se complacía mi imaginación en desgarrar, contando las garras del señor de la gran cabeza, y de la familia que protegía.

Entre tanto pasaba el tiempo, y la luna, que yo no esperaba ver,

por lo reducido que era mi horizonte, comenzaba á dar á mi alrededor una claridad que miraba con gratitud.

Serian ya las once, y empezaba á extrañarme que hubiera tenido que esperar tanto tiempo, cuando percibi algun ruido en el bosque.

Poco á poco se oyó este ruido mas distintamente. Bien pronto vi bajo los árboles muchos puntos luminosos, de una claridad rojiza y móvil, que avanzaban hacia mí.

Esta vez reconocí sin trabajo la familia de los leones, que llegaban por el sendero hacia el punto que yo ocupaba, uno tras otro.

En vez de cinco no conté mas que tres, y cuando se detuvieron á quince pasos de mí, me pareció que el que marchaba primero, aunque de una talla y una fisonomía mas que respetables, no era el señor de la gran cabeza.

Se pararon los tres, y me miraban asombrados: segun mi plan de ataque, apunté al primero é hice fuego. Un rugido doloroso y terrible contestó al tiro, y luego que el humo me permitió ver, distinguí dos leones que entraban en el bosque á paso lento, y el tercero, que con las espaldas rotas se adelantaba arrastrando hacia mí. Comprendí en seguida que el padre y la madre no eran de la partida.

Por un esfuerzo que le hizo dar un rugido de dolor llegó á tres pasos de mí, y me enseñó todos los dientes; una segunda bala le hizo rodar como la primera; pero volvió á levantarse por tres veces, y no cayó del todo hasta que le di un balazo en la cabeza.

He dicho que al primer tiro dió un rugido espantoso: pues bien; en el mismo momento, y como si hubiera visto lo que habia pasado, se puso una pantera á gritar con todas sus fuerzas en la orilla izquierda del rio. Al segundo tiro dió otro grito, que fué contestado por otro mas lejano.

En una palabra, mientras la duracion de este drama, cuatro panteras, que no creia yo se refugiáran en aquellos sitios, donde jamás las he vuelto á ver, hicieron una bacanal diabólica, regocijándose por la muerte de un enemigo á quien temen.

El león que acababa de matar tendria unos tres años, muy gordo y tan bien armado como si fuera viejo.

Después de haberme asegurado que valia la pena de la pólvora que habia gastado, y que al verle los árabes le saludarian con satisfacción y respeto, encendi la hoguera, que no tardó en iluminar las dos vertientes de la montaña.

El eco me trajo el sonido de una detonacion lejana; era la señal de la victoria dada por el cheik á todos los aduare de la Mahouna, que contestaron á su vez.

Al amanecer, mas de doscientos árabes, hombres, mujeres y niños, llegaban de todas partes para contemplar é insultar á su placer al enemigo comun. El cheik vino de los primeros á anunciarme que en tanto que mataba este león, el señor de la gran cabeza, acompañado de su mitad, le habia llevado un buey.

Desde esta época hasta el 13 de agosto del año siguiente, un habitante de la Mahouna, llamado Lakdar, habia perdido por causa de este león cuarenta y cinco carneros, una yegua y veintinueve bueyes. A instancias suyas, fui á su casa el 13 de agosto por la noche, y pasé algunas noches en las inmediaciones sin encontrar el animal. El 26 por la noche me dijo Lakdar:

—El toro negro falta en el hato, de manera que ha venido el león; mañana iré á buscar sus restos.

Al día siguiente, apenas salió el sol, estaba de vuelta. Al despertarme me le encontré delante de mí inmóvil, y sus perros estaban echados á sus pies y llenos de agua, porque la noche habia sido muy tempestuosa.

—Buenos dias, hermano, me dijo; le he encontrado.

Sin decirle una palabra tomé mi fusil, y le seguí. Después de atravesar un gran bosque de olivos silvestres, descendimos á un barranco, donde nos encontramos con el toro. Le habia devorado el pecho y la barriga, y después le habia puesto de modo que parecia que estaba echado. Dije á Lakdar:

—Tráeme una galleta y agua, y que no venga nadie hasta mañana.

Cuando me hubo traído mi comida, me instalé al pié de un olivo salvaje, á tres piés del toro. Corté algunas ramas para defenderme la espalda, y esperé.

Esperé mucho tiempo; á eso de las ocho de la noche los débiles rayos de la luna nueva que se ocultaba en el horizonte alumbraban apenas en el punto donde me hallaba situado. Apoyado contra el tronco del árbol, y no pudiendo distinguir mas que los objetos que estaban á mi alrededor, trataba de escuchar. Oigo por fin romper á lo lejos una rama, me levanto, cojo mi fusil, y espero con el dedo puesto en el gatillo, pero sin oír mas.

Por fin se oye á treinta pasos de mí un rugido sordo, que se va acercando lentamente; al rugido sucede un movimiento ó ruido gutural, que es señal de que el león está hambriento.

Se calla luego el animal, y no le veo hasta que distingo su mon-

truosa cabeza sobre la espalda del toro. Empezaba á comer, mirándome, cuando una barrita de hierro le atraviesa el ojo izquierdo.

Ruge y se levanta sobre las patas traseras, y aprovecho la ocasión para atravesarle el pecho con otra barra, y cae rodando y agitando sus enormes patas.

Después de haber vuelto á cargar, y creyéndole casi muerto, me aproximo á él y trato de darle una puñalada en el corazón; pero por un movimiento involuntario para el golpe y se rompe en su antebrazo.

Doy un salto hácia atrás, y al tiempo que levantaba su enorme cabeza le doy otros dos tiros, que acabaron con él. Así concluyó el señor de la gran cabeza.

Volvamos ahora á la pantera:

Me han contado que cuando mata la pantera un carnero, lleva sus restos sobre un árbol muy alto para librarlos de las uñas de los chacales, de las hienas y otros carnívoros.

La pantera habita en las rocas, en las fragosidades y barrancos que por su escabrosidad son inaccesibles al león, su mas temido enemigo.

Hace una guerra encarnizada al puerco-espín; y es tal la destreza y la paciencia de la pantera, que espera noches enteras á que el puerco-espín salga, y en cuanto le ve sacar la cabeza, da un salto y con la velocidad del rayo se la arranca; de manera que muere antes que haya podido ver á su enemigo.

En la época en que empecé á cazar animales dañinos no conocia sus hábitos, y procedia para cazar la pantera del mismo modo que con el león. No tardé en conocer que me había equivocado, y que si el león esperaba ó acometía al hombre por la noche, la pantera huía de él.

Entre otros ejemplos citaré el siguiente:

Durante el estío de 1844 supe por los indígenas que habitan las cercanías de Nech-Meías, que uno de estos animales de la clase mayor se había fijado en unas rocas, conocidas en el país con el nombre de Ayar-Mounchar. Como mi destacamento estaba á unas dos leguas del punto designado, partí inmediatamente.

Serian las cinco de la tarde. Acompañado de uno del país que se ofreció á servirme de guía, llegué al pie de la roca en el momento en que la pantera entraba en su morada, llevando un animalito que me pareció un topo.

Hubiera podido tirarla fácilmente; pero preferí dejarla retirarse tranquilamente para esperarla mas cerca á su salida. Después de haber dicho al árabe que al amanecer me trajese el caballo que habia dejado en el aduar, le despedí y me acerqué con el mayor cuidado á la caverna donde habia desaparecido.

La entrada era tan estrecha que no me esplicaba cómo podia entrar por allí esta pantera, de igual talla que una leona.

Un lentisco que se encontraba á unos diez pasos, me pareció un puesto cómodo, y le escogí para pasar la noche.

A cosa de las diez oí muchos estornudos bastante fuertes del otro lado del lentisco. Temiendo alguna sorpresa no pude resistir á la tentación de ver lo que pasaba detrás de mí.

Al movimiento que hice para volverme, mi fusil rompió una rama, y oí una especie de bufido como el de un gato. Después el ruido de un animal que huía, y cuando me levanté á toda prisa, vi un animal que entraba en la caverna.

Esperé hasta que fué de día, sin resultado, y habiéndome traído el caballo, me volví al destacamento; prometiendo volver por la noche.

La segunda noche fué como la primera, sin resultado, pues habiendo sacado la pantera unas diez ó doce veces la cabeza fuera de la cueva, y viendo que habia peligro, se volvió á entrar.

Pasé así diez noches consecutivas, sin haber tenido ocasión de tirarla, y al undécimo me dijo un pastor que bajaba al mediodía á beber á un manantial situado cerca de la roca, y donde solía ir á la hora en que el excesivo calor hace recogerse á los aduares á los árabes y á sus rebaños.

Le reconocí, y estaba cubierto por un espeso ramaje, en el que podia colocarme sin ser visto, y tirarle á boca de jarro.

A cosa del mediodía llegaron dos perdices rojas á bañarse en el manantial, y de pronto empezó á llamar el macho y desaparecieron en el bosque.

En el mismo instante oí un ligero frotamiento en las ramas, y se apareció la pantera, con el cuello estendido y la pata en el aire, en la postura de un perro de espera.

Estaba á unos cinco pasos de mí, y se presentaba de costado. Apunto, sin que me viése, entre el oído y el ojo, doy al gatillo, y cae como herida de un rayo, sin dar un chillido.

Desde este lance he creído que la pantera es un animal diestro, astuto, de paciencia, pero tímido.

Como tiene buenos dientes, y está dotado de una fuerza muscular

bien grande para luchar con ventaja contra el hombre, no se puede atribuir su cobardía mas que á un vicio de organización inherente á su especie.

Respecto á este punto tienen los árabes una tradición muy curiosa, que referiré aquí, valga por lo que valiere.

Era en la época en que los animales hablaban, lo que ya es bien añejo.

Una banda de veinte leones, que venia del Sud, llegó al término de un bosque, habitado por un gran número de panteras, que despacharon uno de sus representantes para parlamentar con los reyes melénudos.

Después de haber mediado muchas contestaciones, el emisario volvió á dar cuenta de su misión, reducida á manifestar que los leones encontraban muy agradable aquel sitio, y que iban á tomar posesión, dejando en libertad á aquellas señoras para defenderse ó evacuar sobre la marcha. Indignadas estas, decidieron batirse.

La tradición añade que un solo rugido dado por los veinte leones á la vez, bastó para derrotar á aquellas señoras, y desde esta época la pantera trepa á los árboles como un gato, ó se esconde como el raton para evitar el encuentro del enemigo, á quien no se atreve á provocar, y cuya cólera teme.

Los árabes y los kabilas tienen poco que sufrir de la vecindad de la pantera; y así es raro que la cacen, y cuando lo hacen es en batida.

Cuando van en esta forma, á no ser que se refugie en una caverna, muere de seguro. Sin embargo, cuando está gravemente herida, hay que resguardarse, porque hace uso de los dientes y de las garras, como todos los de su especie.

Los indígenas tienen un medio muy ingenioso para matarla sin trabajo ni riesgo.

Ponen los restos de una oveja en el camino por donde ha de pasar, y luego que la acostumbran á venir á comer todos los días, colocan un pedazo de carne, que tiene muchos hilos que van á parar á la llave de varios fusiles, ocultos en la maleza. Hecha esta operación esperan á la puerta de su tienda á oír la detonación.

(Continuará.)

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

Prólogo.

Amigo Lucillo: no te afanes por viajar, porque solo te servirá para deleitarte y contar los rios y los montes que vistes; pero procura hablar con hombres sabios, que te será muy útil.

SÉNeca.

Fué hombre Séneca de grande autoridad literaria, pero como hombre, falible, y espuesto á aferrarse alguna vez en ideas y en opiniones erróneas. Un punto es incuestionable: lo de ser útil la conversacion de los hombres doctos; pero es por otra parte cuestionable el pretender que no sea de utilidad el viajar mas que para deleitarse: yo lo tengo, al contrario, por utilísimo (y no soy solo). Téngase presente que ver es saber. El mundo se compara á un gran libro: á cada paso que se anda por aquel, descúbrese una nueva página de este: ¿quien solo da uno, qué puede saber? Quien cuasi nada ve, cuasi nada sabe, exceptuando alguno que otro privilegiado ingenio. Las naciones más civilizadas en el día como Inglaterra, Francia, Alemania, España, etc., convencidas estan de la verdad de este aserto, porque las familias bien acomodadas, al salir sus hijos de las universidades, suelen enviarlos á viajar por un par de años por vía de complemento de una buena educación: varias son las ventajas que el viajar acarrea á un jóven de claro entendimiento y de corazón entusiasta.

1.^a Hojea, y hojea muchas páginas del gran libro de la naturaleza.

2.^a Adquiere experiencia, que es de la ciencia madre.

3.^a Logra el conocimiento de idiomas, cuyo estudio á quien no sale de su país natal le es muy costoso y difícil.

Dicen que un hombre vale tantos como lenguas habla; y finalmente, Séneca al encarecer la frecuentación de varones doctos, debió tener en cuenta que mayor número de ellos podrán visitarse en el dilatado ámbito de muchas naciones que en el reducido de una sola; pero prescindiendo de todo eso, aun cuando sirviera solo de deleite, como dice el mismo Séneca, no sería pequeño hallazgo el de dar con un modo de vivir alegre en este mundo, donde son muchos los días que han de señalarse con piedra negra, y con mayor motivo conciliando, como en este caso, lo útil con lo agradable; y, sin que esto sea tener la menor pretension de enmendarle la plana al gran Séneca, en su lugar hubiese escrito al amigo Lucillo:

Afánate en hora buena para viajar, que te servirá de instruccion y deleite, y procura hablar con varones doctos, que te será tambien muy útil.

Concluida mi defensa contra los que se opongan á los viajes, voy á probar de emprender la para mí difícil tarea de narrar uno que yo hice al Ecuador en el año (1842) en compañía del embajador español cerca la corte de Quito, llamado D. L. de P., marido de mi madre en segundas nupcias. Pretendo escribir un débil ensayo, porque mis letras, además de ser muy gordas, son muy pocas; y estas, aunque estoy seguro de no trazarlas con pluma de cisne, me temo mucho no le imite en el canto, y recuerde por un momento el lector la voz de dicha ave, que involuntariamente se llevará las manos á la cabeza en ademán de taparse los oídos. Ocurre otro y no pequeño inconveniente, cual es el de haberseme extraviado mi cartera conteniendo el pasaporte y todas las apuntes inscrites para mí con exactitud de fechas, y bajo las impresiones del momento; estas han quedado grabadas en mi imaginacion; pero las fechas hánse borrado del mal ordenado archivo de mi memoria.

Cómo ha de ser! yo he de escribir un libro, sea como sea; es menester empezar, es preciso vencer las primeras dificultades; no sé

qué autor francés dice que en todas las cosas lo mas difícil es el primer paso: démosle osados, que diz que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno, y yo quedaré contento con tal que en medio de este fango se pueda entresacar alguna que otra margarita.

CAPÍTULO PRIMERO.

CORUÑA.—SANTANDER.—CUBA.—JAMAICA.

Marzo, 1842.

En la Coruña, capital de Galicia, y si no me engaño, en marzo del año 1842, hallábame á la sazón de regreso de mi primer viaje á América, de donde no hacia aun medio año que faltaba, cuando recibí una carta de mi madre, que desde Madrid me escribía, brindándome á que tuviera la galantería de acompañarla en la peligrosa cuanto larga y amenísima navegacion que iba á emprender á Guayaquil, por la via de Panamá, haciendo su primera escala en Santiago de Cuba, donde le aguardaba su esposo, á fin de que reunidos desde allí prosiguiésemos juntos hasta el término del viaje, que era Quito. Fué mi júbilo tan grande al leer dicha misiva, que creí por un momento haber



(Vista de Torrelaguna.)

comprendido mal: así es que volvía á leer de nuevo, y de nuevo palpité con inusitada velocidad de placer mi corazón. Iba á emprender otro viaje, el mas largo, el mas hermoso: además iba á abrazar á mi madre tras larga ausencia; íbamos á cruzar juntos un espacio de 3,000 leguas; iba á bollar con atrevida planta esos gigantescos montes denominados los Andes, é internarme en la espesura de sus bosques, cunas del mundo: la carta de mi madre me señalaba por nuestro punto de reunion á Santander, desde donde nos embarcaríamos para Cuba. Desde mi mas remota infancia ha sido mi destino el viajar, teniendo para ello mucha inclinacion, que degeneró mas tarde en una pasión decidida; añádase á esto el que yo nací para viajar, siendo dotado por el cielo de una salud y robustez á toda prueba para arrostrar impunemente los climas mas mortíferos. Ni los alimentos inusitados me perjudican, ni me arredran las fatigas, ni me desalientan los peligros; estos hasta me seducen mas bien, y encuentro atractivos en los viajes que me estropean; por cierto que la corta travesía que efectué desde la Coruña á Santander, en una balandra, me estropeó asaz.

Embarquéme sobre las diez de la noche después de algunas crueles despedidas que son siempre sensibles para corazones amantes. El patron pensaba poderse dar á la vela sobre las once que solía saltar la brisa que necesitaba para salir del puerto. El mar por entonces estaba en perfecta calma, cual un espejo la bahía, riela la luna sus

rayos trémulos de plata sobre aquella trasparente superficie en el firmamento, cual se miraba duplicando el inmensísimo número de sus brillantes estrellas. El viento se hizo esperar hasta media noche; yo, en vez de bajarme á la cámara, guarida de cucarachas y ratones, cámara paradida en donde juntas no cabian tres personas sentadas, y ninguna derecha, me estuve con preferencia encima de cubierta, contemplando el bello cuadro de la naturaleza, de que tan admirador soy: por un lado un bosque espeso de mástiles de la mercantil Coruña; por otro sus risueñas colinas con sus molinos de viento. Antes de abandonar sus playas diré algo de dicho puerto, de los mas conocidos, por lo mismo de ser de los mas importantes de España. Ocupa su posición geográfica al N. E. de la península; su bahía se halla resguardada por una colina; sus fortificaciones son notables; datan del tiempo de Enrique III. El castillo de San Anton que antes fué ermita, es tan pintoresco como inespugnable, construido sobre unas rocas que se agrupan á sus plantas; en medio de la bahía se dibuja soberbio y vistoso, sobre su azulado fondo. San Anton, en fin, es el centinela de la ciudad y la llave de la ría; las calles de la Coruña son notables por su buen pavimento, y cuenta unas 19,420 almas.

Con esto, tengo daguerreotipada la Coruña, y pasando en silencio las tres noches que tardamos en llegar á Santander, navegacion molesta con recio temporal, donde no ocurrió cosa notable sino es que

los ratones se comieron la felpa de mi sombrero, anclamos en el puerto de San Andrés ó de Santander.

Salté al malecón lo mas pronto posible, y fuíme á indagar el paradero de mi madre, cuyas señas me dieron luego en la administración de las diligencias, y supe que solo se hallaba desde el día anterior en aquella ciudad; volé pues en su busca, y me recibió con un abrazo tan estrecho cuanto había sido deseado, deseo alimentado por algunos años de separación. Desde muy pequeño he tenido que separarme con frecuencia de ella; de modo que mi corazón con frecuencia también se ha sentido destrozado con crueles despedidas; pero por otro lado es cierto que nunca hubiera saboreado las delicias del tornarse á ver, así como en amor sin las querellas, sin aquellas pequeñas tempestades que suelen agitarse entre amantes, esos desconocerían las dulzuras de la reconciliación. Y como es muy cierto que nada hay en este mundo que perfecto sea, la demasiada felicidad sería monótona; la misma luz del día ¿qué mérito tendría para nosotros, á no compararla con las tinieblas de la noche?

Quince días permanecemos en la ciudad de San Andrés, que es la etimología de la palabra Santander; á lo que se cree hubo allí un monasterio en tiempos antiguos; la ciudad fué una vez destruida, y después vuelta á fundar por Alonso VIII. No es bonito el casco de la población; pero está situada de manera que por cualquier punto que se mire ofrece vistas pintorescas. Desde la ría se ve un muelle nuevo, todo de sillería, de dos mil ciento noventa pies de longitud y veinte de elevación, y á su frente otro no concluido; al través de un hermoso caserío distribuido en manzanas se dejan ver algunos huertos; hay una colina que se extiende á la espalda de la población, verde en todos tiempos, y cuya falda toca en las últimas casas de la ciudad, adornada también de huertos y de caseríos, y su cresta por donde hay un camino de recreo, está coronada de dos hileras de arbolitos jóvenes que á cierta distancia presentan la imagen de una nubecilla suspendida á lo largo de la colina.

Hizo mal tiempo durante los pocos días que allí permanecimos; por fin, nos embarcamos en el bergantin *Jóven Felisa*, que partió para Cuba, y como tengo ya prisa por llegar á tierra americana y que durante los cuarenta y siete días que duró nuestra navegación solo nos aconteció lo que comunmente suele en todas estas navegaciones, y es, tener buen tiempo y mal tiempo alternativamente, calmas, temporales, etc., marearnos al principio, curarnos después y engordar como unos tudescos, pasaré en silencio insignificantes minuciosidades y diré que anclamos en la famosa bahía y tan deseada de Santiago de Cuba, que es la tercera ciudad mercantil de la isla, y está situada á cuatro millas al N. de su costa meridional sobre el extremo N. E. de su bahía. En antigüedad es Cuba la segunda ciudad de la isla; fué fundada por Diego Velázquez, año mil quinientos catorce, y se cree que el primer trabajo que se hizo para su edificación fué en la víspera ó día de Santiago, por lo cual se la dió esta advocación.

Su puerto es excelente porque tiene hasta cuatro millas desde N. á S.; su anchura es irregular, y muy estrecho en algunos parajes, pero resguardado de todos los vientos. Son hermosos el cielo y el suelo: lástima que reine allí en algunas épocas del año ese azote terrible de nadie desconocido, y al que llaman vulgarmente *vómito negro*, y los facultativos denominan *tifo intertropical*. Tan solo tres días permanecemos allí, trascurridos los cuales embarcámonos de nuevo en un vapor inglés que debía conducirnos á la isla de Jamaica; no va sola conmigo mi madre, puesto que nos juntamos con el señor D. L. de P., marido de mi madre, de quien mas arriba dije que iba como embajador al Ecuador, y además un hijo suyo de su primera mujer, joven de quien, sin temor de faltar á la modestia (por no existir entre nosotros consanguinidad) puedo hablar haciéndole la justicia de tributarle merecidísimos elogios; hoy tiene veintion años, y está en vísperas de ir á Filadelfia, su país natal; yo lo quiero cual se puede querer á un hermano muy amado; es de gallarda presencia, noble, generoso, instruido, de bueno y natural talento, valeroso, cortés, excelente amigo.

De su padre ha heredado todas estas cualidades.

De su madre, que murió siendo él muy niño, ha heredado también sentimientos delicados y un patrimonio regular; se llama Luis como su padre; ahora bien, pagado este pequeño tributo á la amistad, volvamos á emprender el viaje.

Mi madre, padre, é hijo, yo, y un ayuda de cámara y una doncella, componíamos una caravana de seis personas; el viaje se iba á hacer mas divertido, y no embarazoso porque hubiese una señora: debo decir dos palabras de mi madre, y las diré sin adular, sin que mi lenguaje sea el de un hijo parcial, sino el que he oído á varias personas; hablaré por tradición. Es pues una mujer muy femenina (si se me permite la expresión), y por otro lado una amazona para sufrir con valor, y arrostrar hasta con alegría los contratiempos que ocurren en un viaje; es además admiradora grande de la naturaleza; es poetisa, música, artista en fin, hasta el fondo del alma; monta á caballo con

ligereza, soltura y firmeza, desafiando á los buenos ginetes á dar carreras por terrenos quebradizos y peligrosas asperezas, y posee ese valor y esa fuerza que emanan á veces de la misma flaqueza; evita los peligros en cuanto puede, los desprecia si es preciso meterse en medio de ellos, y los arrostra, con acerado pecho y frente serena se vuelve una heroína.

Dicen también que su hemosura ha sido estremada, y lo que yo veo es, que hoy día que cuenta nueve lustros, no digámos que conserve restos, sino una verdadera belleza, admirando yo sobre todo su voz al cantar, en la que no se nota alteración de cuando tenía 15 años menos. Conoció en Londres á la Malibran García, quien se envanecía de llamarse su maestra, pues lo fué durante algunos años; y cito á la Malibran porque se vea que no me atengo aquí á mi opinión, sino á la del primer voto en el arte, aquel ruiseñor que murió joven y al que nadie ha reemplazado aun. Todos estos detalles que algunos tacharán quizá de pueriles, sirven para demostrar que una mujer como mi madre necesariamente debía disfrutar mucho en un viaje de esta naturaleza, á mas de ser una compañera muy amena.

El vapor inglés en que á la sazón nos embarcamos, llamado el *Tweed*, merece particular mención, y forma gran contraste con la balandra en que fui de la Coruña á Santander. Figúrese el lector un magnífico palacio ambulante; de popá á proa doscientos pasos; tres puentes; ochenta en lo que cabe anchos camarotes como cuartos con sus puertas; máquina de vapor de la fuerza de 300 caballos; la cámara principal llena de caprichosas columnitas, de dorados artesonados; el techo pintado de azul salpicado de estrellas de plata; muebles de caoba, terciopelo, seda y tafilete; hasta alfombras habia, y encima de una elegante chimenea francesa veíase colocado un estante de libros, obras escogidas en cinco ó seis diferentes idiomas, para recreo de los pasajeros. Acabábase de perder otro vapor igual en las islas turcas, y calculaban el valor de la pérdida en 400,000 pesos, después de salvarse las gentes y los efectos principales.

Duró nuestra navegación 24 horas, fondeando en el muelle de Kingston, capital de la antilla inglesa Jamaica, á tres leguas E. de Spanishtown; está construida en forma de anfiteatro cerca de la costa meridional de la isla, en el suave declive de una hermosísima, amena y muy pintoresca montaña, presentando un agradabilísimo punto de vista. Las calles de Kingston son rectas, cortadas á cordel, y sin empedrar; sus casas de un solo piso no son muy sólidas, pero son muy bonitas é iguales, de modo que todo presenta un punto de vista uniforme; cuenta dicha población unos trece mil habitantes. El puerto es malo pero espacioso, nada menos que de tres leguas de largo sobre tres cuartos de ancho; puede contener mil embarcaciones, pero no al abrigo de las tempestades; los buques de guerra fondean en Puerto Real, el cual habiendo sido destruido por un temblor de tierra, fundaron después á Kingston en 1693. Nosotros nos instalamos en una casita muy linda con su jardín y baños. Esto de pasar como por ensalmo con tanta rapidez dentro de un palacio ambulante desde un país español á otro esencialmente inglés, me hizo una notable impresion, despertó en mi alma recuerdos dormidos hacia algun tiempo; como he pasado mis primeros años en Inglaterra, tuve reminiscencias de los dichosos de mi infancia; me hallaba yo tan bien en Kingston, y no solo yo, sino todos nos encontrábamos tan felices, que dejamos con pesar aquel suelo después de doce días de permanencia en él, durante los cuales yo me complacía en pasar la mayor parte del día en el jardín muellemente tendido á la sombra de deliciosos naranjos y jazmines, medio embriagado por el perfume que exhalaban aquellas flores; de ese modo leía bellas páginas, y á veces dormitaba sobre ellas, y en esta disposición de somnolencia que sin ser un legítimo sueño es mucho mas grato, figurábase que leía otras páginas mas bellas aun que las interrumpidas; un mundo de cosas pasaba entonces por mi mente, que volaba por los espacios imaginarios, y despertaba con sentimiento.

Llegaba la noche: entonces íbame con mi amigo Luis á pasear, ora por la ciudad, ora por el campo, hasta asaz avanzada la noche, permaneciendo absortos y encantados entrambos, con admirar aquellas hermosísimas noches americanas de que no pueden dar una idea las mas hermosas de Europa.

Tuvimos que marchar, ya significué antes que con pesar, porque ello es cierto que todos nos encontrábamos felices allí; mas yo estaba muy lejos de sospechar una cosa, y es: que aquellos no eran sino los preludios de las impresiones que un poco mas tarde debían hacer vibrar con sus mas armoniosos sonidos las sensibles cuerdas de mi corazón. Ocúrrerame aquello de que un bien nunca viene solo; este es un adagio no infalible, pero que suele realizarse genéricamente. ¿Un día de tristeza no estiende sobre muchos otros su sombra fúnebre? Pues bien: la felicidad esparce también sobre otros muchos días de nuestra vida un suave perfume, así como la madre reserva embalsama la atmósfera que la rodea, y el viento que la columpia al pasar.

(Continuará.)—PEDRO DE PRADO.

FUNERALES.

Los sianeses dan culto religioso á muchas suertes de ídolos, y entre ellos á los cuatro elementos; y dejan encargado cuando mueren que se les consigne al elemento á quien han tenido mas devoción: por ejemplo, los que han adorado la tierra se hacen enterrar, los que al fuego se hacen quemar, y los que al aire se hacen colgar para que los coman los pájaros. En esta nacion se queman las mujeres con el cadáver del marido, y cuando el rey muere, no solo se queman con él sus mujeres, sino muchos señores se echan voluntariamente en la hoguera.

Los pueblos de la Abassia, en la Georgia, no entierran ni queman sus muertos; los meten en los troncos de los árboles huecos, ó los cuelgan de las ramas mas altas, atados con sarmientos, y lo mismo sus armas y vestidos, y para que el difunto pueda tener su caballo en el otro mundo, lo hacen correr á toda brida alrededor del árbol hasta que caiga reventado.

Los gauros, pueblos del Asia, atan sus muertos de pié derecho á unos pilares de siete á ocho piés de alto, con la cara vuelta al oriente, y se ponen á rezar hasta que vienen los cuervos: si alguno de los cuervos se tira al-ojo derecho del difunto, creen que se ha salvado; pero si al ojo izquierdo, lo tienen por mal presagio.

Herodoto, Estrabon y Melo nos cuentan que muchos pueblos del Asia creerian cometer el mayor delito de impiedad, si dejasen podrir los cadáveres en un sepulcro, y que fuesen pasto de los gusanos: cuando muere alguno le parten en pedazos, y mezclándole con las demás viandas ordinarias, se lo comen con gran devoción, y esto es un motivo de regocijo en la parentela; y así se convidan á esta especie de banquetes con gran ceremonia, suplicando á los convidados tengan la bondad de ir á comer el cuerpo de N., del mismo modo que entre nosotros se suplica se sirvan asistir al entierro de algun pariente ó amigo que acaba de morir.

VIRTUDES SOCIALES.

(EN SIETE LECCIONES.)

(Conclusion.)

LECCION SESTA.

Los cumplimientos.

El hombre, sin duda alguna, de todos los animales es el único risible, y tambien el mas sociable.

Esto le impone deberes y obligaciones muy graves, para estar en armonía con todos sus semejantes.

Nace cualquier parvulito, y desde el punto en que nace ha de estender la noticia con la lengua de su padre.

¡Ay si á algun íntimo amigo se quedan sin anunciarle de una manera oficial la llegada del infante!

No irá á verle, de seguro, viviendo en la misma calle, y hará pomposos elogios del suceso en todas partes.

Crece, y sube, pobre niño, que á tu risueño semblante se acerquen labios peludos y caras de orangutanes.

No llores ni te retires, que pudieran enfadarse, porque tan jóven te opones á las fórmulas sociales.

Ya irás viendo, ya irás viendo conforme los años pasen, que á fuerza de ceremonias logras ciertas amistades.

¡Oh virtud de los saludos, quién aprecia lo que vales! Tú das y quitas amigos en brevísimos instantes;

Que debe saber un hombre como cosa indispensable en tal ó cual cortesía los grados que ha de inclinarse.

Cómo ha de llevar los dedos al sombrero por la calle, y al dar la mano á cualquiera la cara que ha de mostrarle.

Si escribe esquelas ó cartas, ha de poner, que es muy fácil, cierto número de eses y otras muchas iniciales.

Del uno llámese amigo, de otro servidor se llame, y vea si debe el sobre llevar obleas ó lacre.

Desde el título hasta el forro apréndete el almanaque, y sabe todos los nombres de vírgenes y de mártires.

Hoy son días de un amigo: ve á dárselos y no faltes; y has de ir á cierta hora y has de llevar cierto traje.

Si vas temprano interrumpes los quehaceres matinales, y los goees culinarios del banquete si vas tarde.

Con una targeta cumples; mándasela, que es bastante, y quedarán tan contentos porque ven que te acordaste.

En su lecho de dolores enfermo un amigo yace: irá á verle; no recibes, ó lo hacen de mal talante.

Basta mandar un criado cada mañana á sentarme en la lista, si la hubiere, ó á preguntar de mi parte.

A la mansion de los muertos piensan llevar el cadáver: no voy; mi coche y mis yeguas serán mis representantes.

Ya la visita de duelo me obliga á oír tristes ayes, y á ponerme cómpungido cual todos los circunstantes.

Oigo prodigar consuelos que parecen necedades, con lo de «¡quién lo creyera, ahora que estaba tan ágil!»

Y lo que hablaba el enfermo muy pocos momentos antes, y el anticuado y terrible «salud para encomendarle.»

¿Te casas, Juan? No te olvides á tantos días cabales, de ofrecer tu habitación participando tu enlace.

Augurarán á tu cráneo, si no es la esquila elegante, y ensalzarán á la novia si te olvidaste de alguien.

¡Dulces me envías? ¡Ah Juan! ya entiendo bien esa imagen; esa fórmula social de pedir que te regale.

Lo haré, Juan, porque no ignoro que no hay hombre que se pase, si ha de tener un amigo, sin tales solemnidades.

No hay tierra sin cumplimientos de una clase ó de otra clase, y tendrás que hacerlos siempre aunque vivas entre cafres.

Y pues es corta la vida, goza el mundo cual le hallaste; no para tan poco tiempo te canses en reformarle.

LECCION SÉTIMA.

La paciencia.

¡Gran virtud es la paciencia,
y en el mundo gran consuelo.
desde el día en que salimos
del depósito materno!

Dígalo el misero infante
con sus débiles lamentos,
viva imagen de las momias
entre pañales envuelto.

¡Qué paciencia necesita
al sufrir tanto meneo,
tanto insoportable grito
y tanto asqueroso beso!

Qué paciencia cuando aguanta
en la escuela á los maestros,
que quieren tal vez que aprenda
lo que ellos nunca supieron.

Paciencia, niño; mas cuida
de irla gastando con tiento,
no se te acabe el acópio
antes de llegar á viejo.

No hay nada tan necesario,
como ya irás conociendo;
sin ella nadie en el mundo
puede vivir ni un momento.

Paciencia si una mañana
vas por la calle corriendo,
y se cuelga de tu brazo
un amigo majadero;

y te da noticias frescas
de la atmósfera y del tiempo,
de si hace el oso á fulana,
ó se muda el ministerio.

Paciencia si pasas años
con un miserable sueldo,
y ves á cien mil pétalos
subir á encumbrados puestos.

Paciencia si cuando estudias
interrumpen el silencio
los coches, los vendedores
y los trinos de los ciegos.

Y te aturden por el patio
las criadas con sus ecos,
volviéndote un par de coces
si las regañan por eso.

Paciencia si por la acera
van cuatro sepultureros
que te dan en los hocicos
con el estuche de un muerto.

Paciencia si de visita
se meten en tu aposento
un amigo con su esposa,
la criada y tres chichuelos;
y has de alabar sus tontunas,
de los papás embeleso,
y decir que estan robustos,
y besar á todos ellos.

Paciencia si el mas remono
vierte en la alfombra un tintero,
y el otro llora y pateo
porque rueda de su asiento.

O hacen tu baston caballo
y le parten por en medio;
ó dan honores de silla
y de clac á tu sombrero.

Paciencia si eres amigo
de seguir al bello sexo,
y ellas te llevan al trote,
y encuentras cien mil tropiezos.

Paciencia si eres hermosa,
y pasas el día entero
escuchando las simplezas
de elegantes rapazuelos:
y te siguen á los bailes,
al teatro, á los conciertos;
y algún día en los garbanzos
hallarás dos ó tres necios.

Paciencia si hablar pensabas
á tu amor en el paseo,
y la ves ¡oh desventura!
asida al brazo paterno.

Paciencia si das en cama
porque te sientes enfermo,
y te cura unas viruelas
como tercianas el médico.

Paciencia si te preparan
el camino de los cielos,
y derecho te metes
en las tinajas del infierno.

Paciencia si mis virtudes
leiste verso tras verso,
y al acabarlas conoces
que no dicen nada nuevo.

Y paciencia yo, y no poca,
si oigo ponerlas defectos
á quien habla en lengua humana
por bondad del Ser Supremo.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.